

INSPECTORIA SALESIANA

Comunidad Formativa
Santiago de Chile



(La Florida - Lo Cañas), agosto de 1980.

En el silencio de la noche,
rodeado del cariño
y de la oración de sus hermanos,
nacía para la vida que no conoce ocaso,
el salesiano coadjutor, don

ALFREDO RIVAS JOFRE

Estaba terminando el día 16 de julio, fiesta de la Virgen del Carmen, Madre y Reina del pueblo de Chile.

Un hermano, humilde y bueno terminaba su jornada terrena para comenzar la fiesta sin fin. Un gesto de bondad maternal de María, para quien a lo largo de 88 años le había sido hijo fiel.

Una breve enfermedad lo llevó a la casa del Padre. Hasta en los últimos días de su vida y con su muerte quiso expresar el deseo de toda una vida: "Servir y no ser servido".

Esta carta quisiera expresar los sentimientos de gratitud al Padre por el don de este hermano y la gratitud a don Alfredo por el testimonio meridiano de lo que significa ser salesiano fiel a Don Bosco hasta el final.

1.— Algunos momentos más significativos de su vida.

El señor Rivas había nacido en Yungay, pequeño pueblo de la provincia de Ñuble el 9 de enero de 1892.

De sus padres, Guadalupe y Victoriano y de su modesta pero honrada familia de campesinos, fue aprendiendo los valores fuertes y cristianos que lo caracterizarían para toda su vida: una piedad sencilla, pero profunda; el amor al trabajo emprendedor y esforzado, el sentido de solidaridad y de servicio. Su personalidad madura de cristiano y de salesiano fue un fiel reflejo de estos valores familiares.

A los quince años, en 1907, llega al colegio salesiano de Concepción.

Hacía veinte años que los Salesianos habían llegado a la ciudad, llamados por el celo pastoral del Canónigo Benigno Cruz y de algunos laicos cooperadores salesianos.

Los salesianos habían recorrido todas las ciudades y pueblos de los alrededores, predicando misiones al pueblo y buscando la ruta que Don Bosco le había indicado para realizar la misión salesiana.

La crónica de la casa de Concepción relata, que en varias oportunidades los Salesianos habían llegado hasta Yungay. Una imagen de María Auxiliadora ocupaba un pequeño altarcito de la iglesia parroquial.

Es de suponer que ese fue el primer momento en que la familia Rivas conoció a Don Bosco, y a los Salesianos.

En Concepción, el pequeño local, donde, en 1887 se habían acogido los primeros niños pobres, se había convertido en un centro de capacitación para muchos jóvenes. Alfredo entra al taller de carpintería. No sabemos lo que pasó por el corazón del joven Alfredo, lo que sí sabemos es que le bastaron esos cinco años de vida en la casa de Don Bosco para enamorarse de él, sentirse identificado con su misión pastoral y decidir quedarse con él para toda la vida.

1912 es un año significativo para la historia salesiana en Chile: se celebra los 25 años de presencia misionera en Concepción. En este mismo año, el 22 de febrero, Alfredo entra al Noviciado de Macul. Es director el P. Abraham Aguilera.

Entre sus compañeros, el catálogo señala, al P. José Flores, y entre los formadores, al P. Pedro Berrutti.

Finalizado el año de Noviciado emite los votos trienales. En 1916, tres años después, lo encontramos en Macul, ya profeso perpétuo.

Aquí es donde comienza a realizarse también para él la promesa de Don Bosco al primer salesiano chileno. Nunca le faltará el trabajo sencillo y escondido, sacrificado y generoso.

La cocina, la despensa, son sus lugares de trabajo y el ofrecimiento de su liturgia de la vida. Desde allí, hecho vida, anuncia a los jóvenes y a todos aquellos que lo tratan, el Evangelio de Jesús.

Diez años en Macul, cuarenta y siete en la Gratitude Nacional: una vida de trabajo, de acogida generosa, de servicio alegre. Algunos días en la blanca cordillera de Lo Valdés, como para retomar fuerzas, el resto de sus jornadas entregado al servicio de los hermanos, sin horario, porque el amor no tiene horas.

La última etapa de su vida lo ve peregrino por Macul (1970-72), La Cruz-Pocochay (1973-78), la casa de Lo Cañas (1979-80). Los últimos no fueron años de jubilación, sino de trabajo, hasta una semana antes de su muerte.

2.— Algunos rasgos de su vida espiritual

He tenido la suerte de compartir el último año y medio de su vida. La obediencia lo destinó a esta comunidad formativa de Lo Cañas. Aquí lo pudimos conocer un poco más a fondo en su grandeza moral y espiritual. Los frutos maduros no se improvisan, tampoco las grandes obras de arte. Son resultado de trabajo paciente y largo. Lo mismo la santidad salesiana.

Lo que nosotros hemos visto como fruto maduro en la vida del señor Rivas, debe haber sido trabajo perseverante de años y un itinerario de identificación cada vez más profunda con su Señor.

Especificando algunos aspectos de su vida espiritual podemos decir que en él hemos podido apreciar:

2.1. Una sólida y profunda vida de oración:

Pocos meses antes de su muerte se realizó en el Centro Regional de Formación permanente de Quito un seminario sobre la vocación del Salesiano Coadjutor.

El seminario fue precedido por una encuesta personal dirigida a los Coadjutores de la Región. En esa oportunidad, conversé con los dos Coadjutores ancianos de la Comunidad.

El señor Rivas me dijo: "A nosotros, en Macul, nos enseñaron que el Coadjutor debía ser un hombre de oración más que el sacerdote, porque la vida del Salesiano Coadjutor es más difícil que la del Salesiano Sacerdote".

El fue hombre de oración. De allí sacaba la fuerza para el trabajo, para la generosidad, para la sonrisa constante.

La celebración litúrgica de la Unción de los Enfermos y el Viático, han sido un testimonio que impactó. Su participación serena y confiada, la devoción, el canto. Lo que sus labios modulaban brotaba del corazón: "Qué alegría cuando me dijeron, vamos a la casa del Señor".

2.2. Un gran amor a la Congregación

Para él la congregación no era algo abstracto o simplemente una institución: era los hermanos.

En la Inspectoría todos conocen su trato exquisito, las atenciones que prestaba a los hermanos que llegaban a Santiago desde provincia, su buen humor, su servicio con la sonrisa siempre a flor de labios.

Esto le mereció el cariño de los hermanos que lo llamaban omitiendo gustosamente la palabra "señor" y simplemente le decían "guatón Rivas", "viejito", "abuelito".

Otra cosa decía haber aprendido en Macul a la escuela de Mons. Aguilera, Don Berrutti y de otros grandes salesianos: "trabajar por la Congregación significa trabajar por los hermanos".

Este estilo lo extendió a los jóvenes con quienes vivió el "cariño" del sistema educativo de Don Bosco.

Sus funerales fueron un signo de lo hondo que había calado su persona en el corazón de los hermanos y de sus ex-alumnos.

2.3. Un gran trabajador

Otra característica de don Alfredo fue su amor al trabajo. Me atrevería a decir que fue su característica más sobresaliente. Un trabajo sencillo y sacrificado, sin aplausos, pero hecho con tanta fe, con tanto cariño hacia los hermanos.

Hasta los últimos días de su vida lo veíamos pala y azadón a la mano, trabajando en el campo de Lo Cañas o preparando ricos mostos o metido en la cocina para alegrar a los "Niños" (los clérigos), con sus recetas de cocina.

La única queja era que la vista le jugaba mal. "No logro ver bien si es maleza o lechuga...", y continuaba su trabajo.

El suyo no era un trabajo esclavizante, era su expresión de pertenencia y de amor a la comunidad.

Queridos hermanos, al terminar estas líneas de homenaje y de testimonio de gratitud al señor Alfredo Rivas quiero presentarles el testimonio dado por un joven salesiano de nuestra comunidad formativa:

"Nosotros, en las puertas de la vida salesiana, te hemos visto como gracia particular, como ejemplo del salesiano que Don Bosco quería: **siempre en mangas de camisas**, hasta el último momento, en el trabajo arduo, hendiendo la tierra con tus manos; con un rasgo de caridad especial que invadía tu acción y una sonrisa pronta, que nos hacía sentir bien a tu lado".

Con el señor Rivas se ha ido una página brillante de nuestra historia salesiana de Chile.

La Pascua del Señor que está compartiendo, el ejemplo de su vida, la herencia rica de salesianidad que nos deja, constituye un regalo para nuestra Inspectoría.

Agradecidos, queremos pedirle al Señor, el premio del Siervo justo y bueno para él; para nosotros, la gracia de contar con vocaciones salesianas, especialmente de Coadjutores, de la talla humana y espiritual del señor Rivas.

Quiera Dios que su memoria sea bendición para los Salesianos de esta tierra de Chile.

P. RICARDO EZZATI A.

Director y Comunidad Salesiana de Lo Cañas.

DATOS PARA EL NECROLOGIO:

Coadjutor.

Alfredo Rivas Jofré.

Nacido en Yungay el 9 de enero de 1892.

La Profesión, 22 de febrero de 1913.

Muere el 16 de julio de 1980.